



El misterio del Cisne Negro Tetsuya Ayukawa



DESTINO

El misterio del Cisne Negro

Tetsuya
Ayukawa

Traducción de
Víctor Illera Kanaya

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1716

Título original: 黒い白鳥 (*KUROI HAKUCHO*)

© Tetsuya Ayukawa, 2013

Spanish translation rights arranged with KOBUNSHA CO., LTD
through Japan UNI Agency, Inc., Tokyo

© por la traducción del japonés, Víctor Illera Kanaya, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2025

ISBN: 978-84-233-6866-2

Depósito legal: B. 14.646-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Gohegraf Industrias Gráficas, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



I

Un mal día

I

Atsuko y Fumie enfilaron el bulvar comercial flanqueado por árboles en dirección a Shinbashi. Caminaban sin prisas, mirando los escaparates. Era casi mediodía, y la luz del sol de finales de primavera realzaba los colores vivos de sus atuendos: uno japonés, el otro occidental. Desde mediados de mayo, las gabardinas ligeras que tan de moda se habían puesto habían dejado de verse, e imperaban las prendas que anunciaban la inminente llegada del verano. La blusa de encaje de Atsuko podría haber resultado una elección atrevida en otras zonas de Tokio, pero allí encajaba a la perfección con el ambiente y realzaba su refinado estilo chic y deportivo.

Poco después se detuvieron frente a una joyería y miraron el escaparate.

—¡Qué bonito alfiler de corbata! —dijo Fumie señalando un alfiler dorado con forma de sable expuesto en el pequeño estante de cristal.

Atsuko entendió que Fumie no lo había dicho para obtener su aprobación, sino como una simple exclamación admirativa al imaginar el accesorio en el pecho de su esposo. Hacía diez días que el marido de Fumie ha-

bía viajado al Reino Unido para participar en una convención de empresas textiles que se celebraba en Lancashire, y a la vuelta visitaría varias fábricas en distintos países, por lo que aterrizaría de nuevo en el aeropuerto de Haneda en algún momento de septiembre.

—Me gusta. Le quedaría de maravilla a un hombre delgado de piel morena.

En realidad, Atsuko no tenía ni idea de si aquel alfiler fino y curvado, que le recordaba el cuerpo de una libélula, le quedaría mejor a un hombre con la piel clara o morena; se había limitado a describir al marido de Fumie.

—Tienes muy buen ojo, Atsuko. Voy a tener que invitarte a comer —dijo Fumie riendo, como dando a entender que no se le había escapado la sutil intención de aquel comentario. Cuando reía, a Fumie se le formaba un hoyuelo en la mejilla izquierda, y sus labios dejaban al descubierto unos dientes blanquísimos y perfectamente alineados.

Fumie consultó su reloj de pulsera.

—¡Justo a tiempo! Ya casi es mediodía. Conozco un restaurante italiano a tres calles de aquí. Está muy cerca.

Dicho y hecho: Fumie le enlazó el brazo y se puso en marcha. Esa facilidad que tenía para tomar decisiones y pasar a la acción era un rasgo de carácter que Atsuko admiraba y que se manifestaba incluso en los detalles más nimios. Por supuesto, lo pensaba porque ignoraba la verdadera razón por la que Fumie la había invitado a acompañarla a Ginza. Si lo hubiera sabido, su reacción habría sido muy distinta.

En la tercera esquina había un restaurante de curry y, en efecto, justo al lado estaba el restaurante italiano. Bajo un llamativo toldo de rayas rosas y verdes colgaba

un cartel que decía POSILLIPO. Era la primera vez que Atsuko visitaba aquel lugar, pero Fumie debía de ser una clienta habitual, porque subió con aire desenvuelto la escalera que conducía a la primera planta y se sentó a una mesa junto a una palmera china de abanico. A diferencia de la planta baja, allí reinaba la tranquilidad, y la mesa que había elegido Fumie era la más alejada de los pocos comensales que había. Más tarde, Atsuko comprendió que la elección de la mesa respondía a la necesidad de que nadie pudiera escuchar su conversación.

En el restaurante no había música ambiente, un detalle peculiar que lo diferenciaba de la mayoría de los restaurantes de Ginza, y el único sonido que acompañaba la comida era el murmullo del agua de dos fuentes de azulejos instaladas en medio de la planta. Escuchar ese sonido tras un paseo bajo el intenso sol veraniego producía una sensación de frescor y renovación, como si se limpiaran la piel sudorosa con una toalla húmeda y se refrescaran con colonia. Fumie debía de haber elegido ese restaurante en parte por su deliciosa comida y por la sensación de frescor que transmitían las fuentes, pero, sobre todo, por disponer de un lugar tranquilo en el que conversar con calma.

—No he probado nunca la comida italiana —dijo Atsuko tras lanzar una mirada fugaz a una rolliza pareja de aspecto italiano sentada a una mesa del fondo.

—Hay muchos platos, y muy elaborados —apuntó Fumie al tiempo que le ofrecía el menú, que, incomprensiblemente, estaba en italiano.

—Ah, mira. Aquí veo un plato que se llama macarrones Caruso. Creo que los probaré.

Atsuko había leído en una revista que el plato llevaba el nombre de Enrico Caruso, el inmortal cantan-

te de ópera italiano, pero ahí terminaban sus conocimientos.

—Yo también los pedí la primera vez que vine.

Fumie sonrió simpática y llamó al camarero que, con su uniforme blanco, el cabello negro azabache y la piel bronceada, era la viva imagen del tipo mediterráneo.

Durante la comida, la conversación derivó hacia los pendientes, los collares y los anillos con gemas artificiales que habían estado admirando durante el paseo. Al fin y al cabo, a muchas mujeres les divertía hablar de joyas y otros complementos de moda aunque, por su precio, no pudieran permitírselos. Pero en el caso de Atsuko y Fumie, disfrutaban de una posición económica que les permitía acceder a lo que se les antojara. Y puede que fuera precisamente ese tema de conversación el que hizo que la comida en Posillipo le supiera incluso mejor de lo que Atsuko esperaba, compensando de algún modo la falta de condimentos de los platos.

Cuando terminaron de comer y les sirvieron un intenso café napolitano, Fumie se dio unos toquécitos en los labios con la servilleta y, de repente, miró a Atsuko esbozando una sonrisa cargada de intención.

—No quiero ser indiscreta, pero ¿estás saliendo con alguien ahora?

Lo brusco de la pregunta cogió desprevenida a Atsuko, que trató de disimular su turbación removiendo el café.

—No —respondió—. ¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, es que hay un pequeño asunto que me gustaría comentarte.

—¿Ah, sí? ¿De qué se trata? —preguntó Atsuko sabiendo perfectamente que Fumie estaba tratando de abordar el tema de una propuesta de matrimonio.

—Verás —dijo Fumie bajando la voz, como si le confesara un asunto importante que convenía mantener en secreto—, hay un hombre al que le gustaría casarse contigo.

El rasgo más característico del rostro de Fumie eran sus grandes ojos. No solo eran grandes, sino profundos y cristalinos. Atsuko no era poeta y su mente no evocaba ningún lago helado escondido en lo alto de una montaña al mirar los ojos de Fumie; pero cuando su amiga fijaba aquellas pupilas claras en sus ojos, no podía evitar la extraña sensación de que sus sentimientos y pensamientos más íntimos quedaban expuestos. Atsuko redobló sus esfuerzos por ocultar su turbación, pero cuanto más se esforzaba, más sentía que se ruborizaba.

—Siento haberte pillado por sorpresa.

—No te preocupes —respondió Atsuko con fingida indiferencia.

A Atsuko no le interesaba lo más mínimo saber quién era el posible pretendiente, aunque, si seguía callada, corría el riesgo de que Fumie empezara a sospechar algo. Así que dijo:

—¿Y quién es ese hombre?

—El señor Haibara. Seguro que lo conoces. Es el secretario del presidente.

La mente de Atsuko evocó de inmediato la imagen de un hombre corpulento y de hombros anchos. El nombre la sorprendió un poco, pero en cuanto lo pensó con más calma, comprendió enseguida por qué Haibara quería casarse con ella. Atsuko lo conocía de haber charlado con él un par de veces en las fiestas que organizaba la empresa.

Fumie hablaba con el entusiasmo de una hermana que recomienda a su hermano como futuro esposo.

—Pienso que seríais un matrimonio ideal. Es un hombre atento y considerado con las mujeres. Estoy convencida de que la mujer que se case con él será muy feliz.

Sin embargo, Atsuko no compartía esa impresión. No pensaba que Haibara fuera ni muy atento ni muy considerado con las mujeres. Aunque era cierto que siempre que se encontraban era muy amable y atento con ella, Atsuko lo atribuía a un sentimiento interesado más que a un rasgo de carácter que manifestara de forma natural con cualquiera. Después de todo, el padre de Atsuko era uno de los directores ejecutivos de la empresa en la que ambos trabajaban. Casarse con la hija de un alto cargo le allanaría considerablemente el camino hacia el ascenso en la compañía, y era imposible que el astuto y sibilino Haibara no tuviera en cuenta este detalle. No era tan ingenua como para dejarse engañar por una estratagema tan evidente y permitir que un hombre ambicioso alcanzara sus objetivos a su costa, ni tampoco se consideraba lo bastante benévola o comprensiva con las debilidades humanas como para justificarlo.

Era imposible que Fumie dedujera la opinión que le merecía a Atsuko aquella propuesta, por más que la mirara mientras se bebía el café en silencio. Insistió, como si de verdad creyera que era la mejor de las proposiciones:

—Haibara es un secretario muy competente y el presidente lo valora mucho, ¿lo sabías? Es un hombre responsable en el que se puede confiar, y tampoco se le conocen devaneos amorosos. No te puedes ni imaginar lo agotadoras que son las relaciones familiares, pero con él te ahorrarías todo eso, porque tiene pocos parientes. Ese, desde luego, no es un detalle menor.

Fumie estaba casada con un director ejecutivo sénior

de la compañía, pero seguía sin hijos a pesar de haber pasado ya los treinta, y quizá para distraerse de la tristeza que esto le causaba, se había volcado en la vida amorosa de los demás. Ya había utilizado con éxito sus dotes de casamentera en tres o cuatro ocasiones y había propiciado el matrimonio de varias parejas jóvenes de la empresa. Dado que en esta ocasión se trataba del posible matrimonio de una antigua compañera de universidad con la que tenía muy buena relación, tal vez era comprensible que afrontara el asunto con más entusiasmo del habitual.

Fumie hacía estas cosas con la mejor intención, eso lo sabía Atsuko, que también recordaba haberle oído decir a su padre que el ascenso de Haibara dentro de la compañía era cuestión de tiempo. «Es un hombre muy trabajador que se ha hecho a sí mismo», había comentado con admiración en más de una ocasión. Y, quizá a raíz de ello, hasta su madre se había formado una excelente opinión de Haibara.

—Pensaba abordar a tu padre con la propuesta, pero me pareció más adecuado hablar directamente contigo. En cualquier caso, no hay por qué decidir ahora. Háblalo con tus padres y piénsalo con calma. Al fin y al cabo, mientras no termine la huelga no se podrá hacer nada.

La voz de Fumie se apagó en un suspiro al final de la frase. Y ambas tenían buenas razones para suspirar. El sindicato de los trabajadores de la compañía Towa Textiles había iniciado una huelga hacía cosa de un mes como medida de presión para exigir a la dirección el cumplimiento de cuatro condiciones. Desde entonces, el enfrentamiento entre las partes no solo no había mejorado, sino que se había enconado y nada presagiaba que fuera a resolverse pronto.

—Oye, Atsuko, ¿por qué no vamos al cine en Hi-biya? Si salimos ahora, llegaríamos a la siguiente sesión. Hace tiempo que quiero ver ese *thriller* —sugirió Fumie con tono desenfadado, como si quisiera disipar el ambiente ominoso que se había creado; cogió su bolso de piel de cocodrilo, y se levantó.

2

Atsuko se despidió de Fumie y tomó el metro hacia Shibuya. Aún faltaba para la hora punta, y las estaciones y los convoyes estaban relativamente vacíos. Se bajó en Shibuya y, mientras recorría el largo pasillo de enlace con la línea de Inokashira, un hombre la abordó.

Al principio pensó que la había confundido con otra persona. Ella, desde luego, no conocía de nada a aquel individuo delgado, de tez blanca y aspecto a primera vista inofensivo. Un escrutinio más detallado revelaba una mirada insidiosa y dura como el pedernal en sus ojillos fijos.

—Eres Atsuko Suma, ¿verdad?

No, el hombre no se había confundido de persona. Por el tono y la mirada torva, Atsuko pensó que quizá fuera un agente de policía de bajo rango. Pero no recordaba haber hecho nada que pudiera llamar la atención de la policía.

—No te robaré demasiado tiempo. Acompáñame, será solo un momento.

—¿A qué viene esto?

—Lo sabrás si vienes conmigo.

—Ni hablar. Si tienes algo que decirme, dímelo aquí.

—Aquí no puede ser —respondió él, lanzando miradas furtivas a su alrededor.

Para ser policía, su comportamiento era bastante sospechoso.

—¿Quién demonios eres? No te conozco de nada. Como sigas con esto, voy a gritar pidiendo socorro —le advirtió Atsuko ya subiendo la voz.

Si la muchedumbre que hacía transbordo entre las líneas de Inokashira y Tamagawa parecía un río, ellos eran dos piedras que asomaban en mitad de la corriente. Pero si Atsuko necesitaba ayuda, solo tenía que gritar: los transeúntes, los empleados de la estación o la policía acudirían de inmediato a su llamada de socorro. Por eso no tenía ningún miedo.

—No digas tonterías. —El hombre tenía una voz grave y amenazadora, aunque hablaba casi en susurros. Atsuko pensó que ese sería el tono siniestro que uno imaginaría en las novelas de gánsteres—. Te lo estoy pidiendo por las buenas. ¿O acaso prefieres complicarte la vida?

—Pero ¿de qué estás hablando?

—No te hagas la tonta. Estoy al tanto de todo. ¿O es que quieres avergonzar a tu padre?

—No sé de qué me hablas.

—¡Basta ya! ¿Acaso no te importa que tu futuro marido cargue con el muerto y acabe señalado como un traidor?

El hombre pronunció las palabras enfatizando las sílabas finales y con un tono cada vez más amenazador. Lo de «señalado como un traidor» parecía sacado de alguna novela mal traducida, pero Atsuko había perdido la calma necesaria para reparar en esos detalles. Bastaba con ver la sonrisa segura y descarada de ese hombre para darse cuenta de que no podría zafarse de él con evasivas.

—Entonces, ¿vienes conmigo o qué? Tranquila, que no te voy a comer. Y, hablando de comer, si quieres podemos ir a alguna cafetería, la que tú elijas, y así te sentirás más cómoda. Como te he dicho antes, no pienso robarte mucho tiempo.

El tono del hombre había recuperado la calma inicial. En esa capacidad para modular la voz y manejar el efecto de las palabras se intuía una personalidad cultivada que lo distinguía del simple rufián de calle.

—No, no voy a ir. Podemos hablar aquí.

—Me parece que no. Soy una persona ocupada. Si lo que quiero discutir contigo pudiera decirse aquí, no te estaría proponiendo ir a una cafetería. Creo que hay una frente a la estación.

—...

—Deja ya de marear la perdiz. Si no quieres ver los nombres de tu padre y tu futuro marido arrastrados por el fango, más vale que vengas conmigo.

El hombre ni siquiera esperó su respuesta: echó a andar, y ella lo siguió vacilante, como arrastrada por un sedal invisible. Y es que Atsuko, en efecto, guardaba un secreto inconfesable, al menos por el momento, pero no quería precipitarse sin antes saber cuánto sabía en realidad aquel hombre. Además, aquel atisbo de cultura que había percibido en su tono en cierto modo la tranquilizaba.

Cruzaron los tornos de la estación y salieron a la calle. En la zona de ocio comenzaban a encenderse neones rojos y azules. La famosa estatua de bronce de Hachiko fijó en Atsuko su mirada canina.

—Elige un sitio tranquilo, no queremos que nadie nos oiga, ¿verdad? Un comedor, la planta superior de un restaurante de fideos soba...

—Me niego a entrar en esos sitios.

—A ver, que a mí me da igual adónde vayamos. Pero si eliges mal, serás tú quien pague las consecuencias.

Mientras avanzaban hombro con hombro, Atsuko vio que era más bien bajito. No estaba gordo ni delgado, y, aunque no tenía una complexión especialmente robusta, su cuerpo emanaba una especie de aura asesina, el halo hostil y marrullero que adquieren, sin proponérselo, quienes en múltiples ocasiones han burlado la muerte en el campo de batalla o han participado en tiroteos entre bandas mafiosas. Todo eso la intimidaba.

—Ese sitio está bien —dijo Atsuko, y cruzó la calzada sin darle al hombre tiempo a responder.

Se detuvo brevemente en la puerta de una cafetería que quedaba justo enfrente y entró sin esperar. Aquella fue su pequeña forma de rebelarse contra la superioridad con la que él la había tratado hasta ese momento, como si dijera: «Podrás amenazarme, pero no vas a humillarme». Atsuko recorrió con la mirada el interior del local, eligió un reservado en una esquina y se sentó.

—No me van mucho los dulces. Hubiera preferido un tofu frío *hiya-yakko* mientras tú me servías sake.

El hombre soltó la impertinencia en tono chulesco mientras removía el café; luego se lo bebió de un trago y engulló el profiterol en dos bocados. La broma soez y su desagradable manera de comer provocaron en Atsuko una mezcla de asco y desprecio que no se molestó en disimular.

—A ver, ¿qué es lo que me querías contar?

Aunque lo suyo hubiera sido hablarle con grosería a un tipo de su calaña, el entorno de la cafetería no lo permitía, y eso la exasperó.

El hombre se limpió la boca con un pañuelo sucio,

sacó con parsimonia un cigarrillo del paquete y lo encendió.

—Empezaré por el principio. Supongo que así lo entenderás mejor. Tu padre es director ejecutivo de Towa Textiles, cuya plantilla de fábrica está actualmente en huelga. El subsecretario del sindicato es un tal Narumi, un tipo espabilado, resolutivo, pero también simpático y educado, y por eso comprendo que resulte atractivo para las mujeres. No me extraña que estés loca por él —dijo, mirando a Atsuko con una sonrisa irónica—. Pero es una traición en toda regla. Por un lado, eres la novia del joven cabecilla del sindicato; por el otro, la hija de uno de los directivos más importantes de la compañía. Son dos posiciones irreconciliables, ¿no te parece?

El hombre hablaba como si estuviera pronunciando un discurso y clavó en Atsuko una mirada reprobadora.

—Piénsalo un poco: ¿qué crees que harían los del sindicato si yo les contara que el subsecretario, que debería ser el más leal de todos, está intimando en secreto con la hija del directivo enemigo? Narumi sería considerado un traidor y lo echarían a patadas. Y, en cuanto a tu padre, no creo que se tomara bien tu romance con el joven sindicalista. Sería el hazmerreír de la opinión pública.

—¿Qué te crees, que no sé todo eso? Nadie tiene que venir a explicármelo. Lo que me gustaría saber de una vez es qué demonios quieres de mí. Tengo mucho que hacer, y empiezo a perder la paciencia.

—Muy bien, entonces iré al grano: quiero un millón de yenes.

Atsuko no supo calibrar de inmediato la enormidad de la petición. El hombre lo había soltado como si fuera lo más natural del mundo, como quien pide cambio para comprar tabaco.

—¿Qué pasa? ¿Te parece mucho dinero? No creo que sea gran cosa para la hija de un ricachón como tu padre.

—...

—¡Solo tienes que retirar tus ahorros del banco! Y si no, le pides lo que falte a tu padre y ya está, ¿no? Los padres suelen ser blandos con sus hijas, seguro que te lo da.

—Ni hablar. Es imposible que pueda reunir tanto dinero.

—Si supiera que es mucho para ti no te lo habría pedido. Conozco bien el patrimonio de tu padre, porque ese es mi trabajo.

—Imposible.

—Muy bien —dijo el hombre, dejando entrever cierta exasperación, y se levantó—. Pero recuerda: tu padre se verá obligado a dimitir, humillado, y todo por negarte a darme una cantidad que es menos que calderilla para ti, mientras que tu novio se convertirá en un apestado, no solo para el sindicato, sino a ojos de todo el mundo.

—¡Espera! —susurró Atsuko, derrotada.

Era cierto: ella y Narumi estaban enamorados, pero, dada la delicada situación que atravesaba la empresa, habían decidido mantenerlo en secreto. A Atsuko le desagradaba calificar sus citas con Narumi como «encuentros furtivos»; era una expresión que sonaba lasciva y vulgar y que ensuciaba los ratos que compartían. Pero, al fin y al cabo, eso eran: encuentros furtivos. Y aunque le doliera llamarlos así, Atsuko lo asumía con resignación y una sonrisa amarga, y esperaba con paciencia el momento en que pudieran hacer pública su relación y, más adelante, casarse con él. Pero ¿cuándo los había visto juntos?

El tipo volvió a sentarse y sonrió como si hubiera sido testigo del debate interior de Atsuko. La amenaza en su voz y el brillo intenso de aquellos ojos que parecían dos puñaladas eran las únicas muestras de emoción de aquel hombre de rostro inexpresivo.

—Puedo decirte los lugares y las fechas exactas en los que te viste con Narumi. Lo tengo todo anotado en mi cuaderno.

—¿Cómo lo sabes?

Atsuko no lograba entender por qué ese hombre la había estado vigilando.

—Porque he estado siguiendo a Narumi.

—¿Por qué?

—Para obligarlo a hacer lo que quiero que haga. Para que obedezca mis órdenes.

—¿Qué clase de órdenes?

—Eso no es asunto tuyo. En cualquier caso, quería pedirle a Narumi que hiciera algo, pero sabía que se negaría, por tanto, ¿cómo podía obligarlo a acceder? La mejor opción era descubrir algún secreto suyo y amenazarlo con hacerlo público.

—¿Por eso lo estuviste siguiendo?

—Así es. Todo el mundo tiene algo que esconder, pero para descubrir los secretos de alguien se necesita paciencia, no vale dedicarle tres o cuatro días. Seguí a Narumi durante diez días, hasta que un día os vi juntos. Fue un auténtico hallazgo, ya lo creo. —Aunque la expresión de su rostro no había cambiado, su voz tenía cierto deje de vanidad—. Después, me puse a pensar: había estado hurgando en la vida privada de Narumi para encontrar algo con lo que obligarlo a que hiciera algo por mí; pero entonces comprendí que había otras formas de conseguirlo. Así que decidí aprovechar aquel hallazgo inesperado para algo aún mejor.

Había encontrado la gallina de los huevos de oro, es decir, tú. Si te disgusta el símil de la gallina puedo cambiarte por un cisne o una grulla. Lo que importa es que eres una mina de oro.

—Ahórrate los cuentos. Están bien para los niños, pero no para que los utilice un chantajista.

—¿En serio?

—Si te empeñas en usar una analogía ornitológica, podrías decir que soy una hembra de pato clueca.

Los ojos del hombre centellearon y contrajo levemente las comisuras de la boca. Aquella mueca debía de ser su sonrisa.

—O un pato mandarín, qué más da. Lo que importa es si vas a darme ese millón de yenes o no. Podrías conseguir fácilmente setecientos u ochocientos mil vendiendo el coche que te acabas de comprar.

Atsuko lo miró atónita. Aquel hombre parecía conocer su vida mucho mejor de lo que habría imaginado. Era cierto, se había comprado un deportivo en marzo, hacía poco más de dos meses.

—Hay que ser muy ruin para aprovecharse así de las debilidades ajenas.

—Por dinero hago lo que sea. Ni más ni menos. No tengo principios ni me importa ser ruin. Para mí, esas son palabras vacías —dijo como si escupiera, y soltó una risa burlona.

—Sea como sea, no puedo hacerlo.

—Claro que puedes. Solo que las mujeres sois tacañas por naturaleza. La de clase baja es tan mezquina como la de un potentado, cada una a su manera. Quizá llesves ropa cara y seas guapa, pero me apuesto lo que quieras a que tienes un buen pico ahorrado.

—No me estaba refiriendo a eso. Me ha quedado bien claro que quieres venderme tu silencio por un

millón de yenes, pero ¿qué garantías me ofreces sobre lo que harás después? ¿Cómo me voy a fiar de alguien como tú? Supongamos que te pago ese millón; nada me impide pensar que volverás a exigirme otro, y luego otro, y así hasta el infinito. Así que, mientras no me garantices que este será el único pago que haré para que guardes el secreto, no pienso darte nada.

—...

—Piénsalo bien y entonces hablamos.

—Vaya, nos ha salido listilla, la chica.

—Que no sirva de precedente, pero esta vez invito yo.

Atsuko cogió la nota, se levantó con rapidez y se dirigió hacia la caja registradora. Hubiera querido soltarle una fresca, pero le desagradaba rebajarse a su nivel. Resistió como pudo las ganas de volverse para mirar al hombre mientras la cajera le devolvía el cambio. Atsuko había cogido desprevenido al chantajista; lo había dejado con un palmo de narices, y no necesitaba mirarlo para percibir con claridad la frustración de aquel indeseable ante el giro imprevisto que había dado la situación.

Cuando se subió al tren de la línea Inokashira, Atsuko recobró la suficiente serenidad para repasar lo sucedido aquel día. Le habían propuesto matrimonio con un secretario que no le interesaba en absoluto, y un extraño había intentado chantajearla para sacarle una suma importante de dinero. Definitivamente, había sido un mal día.